

EMILIO CALDERÓN

LOS OJOS
CON MUCHA
NOCHE



algaida



Primera edición: 2019

© Emilio Calderón, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-079-9

Depósito legal: SE. 58-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1.	Ernesto Bocanegra	15
2.	Ernesto y Julia	22
3.	Julia	28
4.	Ernesto Bocanegra y Julia	34
5.	Julia	43
6.	Beltrán	45
7.	Julia	51
8.	Beltrán	55
9.	Beltrán y Julia	64
10.	Julia y Javier Dragontera	76
11.	Beltrán y Julia	86
12.	Beltrán y Julia	90
	I. José Joselevich	94
13.	Beltrán y Cristian	113
	II. Gabriela	120
	III. José Joselevich	126
	IV. Gabriela	130

V.	Jorge y José Joselevich	132
VI.	Jorge	139
VII.	José Joselevich	143
14.	Pepe y Julia	153
15.	Pepe y Cristian	165
VIII.	<i>Tigre</i> Morosini y Ernesto Bocanegra	174
IX.	Gabriela y Ernesto	186
16.	Beltrán y Cristian	197
17.	Cristian y Javier Dragontera	202
X.	Ernesto y Gabriela	208
18.	Pepe	217
19.	Julia y Ernesto	220
XI.	Facundo y Eva Roncaglia, Jorgito y Gabriela	227
XII.	Gabriela Edelman y Eva Rivelles	231
20.	Julia	234
21.	Beltrán	243
XIII.	Gabriela Edelman, Facundo y Eva Roncaglia	256
22.	Pepe y Julia	261
23.	Ernesto y Julia	265
XIV.	<i>Tigre</i> Morosini y José Joselevich	273
XV.	Facundo y Eva Roncaglia	281
XVI.	Doctor Carlos Figueroa	284
XVII.	Los hermanos Roncaglia	289
24.	Beltrán	300
25.	Beltrán y Julia	311
26.	Beltrán y Cristian Kaczka	319

27.	Beltrán y Cristian Kaczka	332
28.	Ernesto Bocanegra y Cristian Kaczka	346
29.	Jorge Salz y Javier Dragontera	360
30.	Claudia	363
31.	Claudia y Javier Dragontera	368

*Para Javier Ortiz-Tallo,
allí donde se encuentre*

Los monstruos existen, pero son demasiado
pocos para ser realmente peligrosos; más
peligrosos son los hombres comunes,
los funcionarios listos a creer y obedecer
sin discutir (...)

PRIMO LEVI. *Si esto es un hombre*

18 de julio de 2016

ERNESTO BOCANEGRA

LA CALUROSA MAÑANA ANTICIPABA UNO DE ESOS DÍAS agostados en los que las rastrojeras crujían como si el calor tuviera dedos y el canto de las chicharras sonaba estridente, hasta hacerlo insoportable a la hora de la siesta.

El todoterreno transitaba por una rodada de buena anchura, siguiendo los surcos grabados sobre la tierra por el uso, y acababa de sobrepasar un extenso campo de lavanda, donde se dividía el camino. Se trataba de un suelo calcáreo, pobre y suelto, por lo que los neumáticos del vehículo resbalaban sobre el terreno más de la cuenta, lanzando piedras y levantando una gran polvareda. La silla de ruedas que viajaba en la parte de atrás del vehículo hacía más ruido incluso que las escopetas de caza al contacto con el metal del portón trasero.

—Despacio, Manuel. Mejor toma el camino de los cerezos, corazón de pichón. Si vamos por la rodada principal, los alertaremos. Y lo que quiero es pillarlos con las

manos en la masa —dijo Ernesto Bocanegra, el hombre que ocupaba el asiento de copiloto, a la postre dueño de la tierra por la que circulaba el vehículo.

—¿Alertar a quién?, si me permite la pregunta, don Ernesto —dijo el empleado sin apartar la vista del camino.

Manuel, el capataz de la finca, era un hombre robusto, de rostro redondeado y ojos de búho, en permanente alerta. Conocía aquellas tierras tan bien o mejor que su jefe, por lo que andaba preocupado por aquella excursión matutina que le había sido comunicada de improviso, sin ninguna razón que la justificase.

—A un par de alimañas que andan jugándomela —respondió el propietario con cierto laconismo.

—¿Furtivos?

—Algo peor.

—¿Y están escondidos en la casita del pastor, en la cho-cita de la señora? —preguntó ahora el empleado con tono de sorpresa, como si de ser afirmativa la respuesta él hubiera tenido que ser el primero en conocer el allanamiento.

—Sí, están en la casita del pastor.

Hablaban de un pequeño refugio que otrora los pastores de la comarca habían utilizado en invierno, y que la tercera mujer de don Ernesto, Julia, había acondicionado y convertido en estudio de pintura. Distante dos kilómetros y medio de la casa principal, la mano de la joven mujer había conseguido borrar de la vivienda su rudo y áspero aspecto. Tal fue el cambio que, cuando hubo terminado los trabajos de acondicionamiento, la rebautizó con el nombre de La Chocita.

—Si me lo permite, yo me encargaré de ahuyentarlos. Es mi trabajo, don Ernesto —se ofreció el capataz.

—Es más grave que eso... El asunto supera tus competencias, Manuel. No, tengo que ser yo en persona quien se ocupe de resolver el problema. Nos bajas a la silla y a mí, y me das la Browning —se desmarcó el propietario.

Al tratarse la Browning de una escopeta semiautomática, sentía que, en cierta forma, disponer de un arma de repetición paliaba la desventaja que suponía la falta de movilidad de sus piernas. Bastaba con un movimiento rápido de la cintura para abarcar un amplio ángulo de tiro. Así había abatido a miles de perdices rojas, codornices, muflones, jabalíes, gamos y ciervos.

Cuando bajó la ventanilla, sintió sofoco en los pulmones. Luego sus ojos claros y acuosos, debajo de unos párpados siempre hinchados, se posaron en una avutarda que, lenta y majestuosa, caminaba en dirección a un campo de cereal cercano.

Hacía tiempo que habían dejado de cazarlas por estar la especie en declive, y todos los empleados de la finca tenían la orden de protegerlas.

Más allá de los campos de cereales circundantes, la dehesa se convertía en monte bajo, hasta alcanzar un horizonte enmarcado por un cielo azul, demasiado luminoso las más de las veces, casi cegador. Lentiscos, jaras, coscojas y majuelos acotaban la zona arbustiva del bosque de coníferas, mucho más abierta y expuesta.

—Me da miedo que pueda haber una tragedia —reconoció el empleado.

—No va a haberla. Solo quiero darles un susto, hacerlos entrar en razón con la ayuda de mi escopeta. Pero tranquilo, no pienso provocar un drama shakespeariano.

—¿Cómo dice, don Ernesto? —preguntó el capataz acostumbrado al lenguaje natural que brotaba de aquella misma tierra.

—Es una forma de hablar. En cuanto me hayas dejado sentado en la silla de ruedas y yo acune el arma, vuelves al coche y das media vuelta. Retrocedes hasta el pozo de piedra, y regresas cuando oigas disparos. No antes.

—No sé lo que está pasando, don Ernesto, pero no pienso dejarlo solo en mitad del campo, sentado en una silla de ruedas, con una escopeta en las manos, y a la espera de que unos furtivos salgan de la casa de la señora —se desmarcó el empleado—. Antes tendrá que despedirme, y ni por esas.

—Manuel, agradezco tu fidelidad, pero se trata de un asunto personal, estrictamente privado, y no quiero testigos. Así que no hay más que hablar. Me dejas donde te diga, te alejas en el coche, y no vuelves hasta que oigas disparos.

—¿Y si es usted el que sale lastimado, don Ernesto? —preguntó ahora el capataz.

—No necesito las piernas para apretar el gatillo, y sabes que soy el mejor tirador de la comarca. Además, sé a quienes me voy a encontrar: un par de cobardes. Cuento además con el factor sorpresa. No me esperan. Quédate tranquilo, ellos tienen más que perder que yo.

Era cierto que en otro tiempo don Ernesto había hecho alarde de su puntería en numerosas cacerías, pero cuando el *whisky* se apoderó de su vida, hizo lo propio con su pulso. De modo que ahora su destreza con las armas era cuestionable.

—Perdone que insista, don Ernesto, pero no comprendo su empecinamiento, ni tanto misterio. Permítame que sea yo quien intervenga, se lo ruego. Le prometo que le traigo a esos dos cobardes, como usted los llama, andando de rodillas. Una escopeta puede ser también un arma de disuasión.

—Manuel, ya sabes que no me gusta tener que repetir las cosas dos veces. No obro así por capricho. Ni siquiera porque sea un valiente. Pero mis razones son más y de nadie más. Ahora atiende al volante.

Acto seguido, el vehículo entró en un terreno angosto donde se sucedían seis pasos de cresta, media docena de obstáculos que había que afrontar con el impulso suficiente para que no se quedara enganchado o empanzado en la cima de cada uno de ellos. Treinta años antes, don Ernesto había utilizado en más de una ocasión aquel camino como distracción de sus dos hijos; la subida y bajada de aquellas pendientes provocaba en los pequeños una placentera sensación de vacío en el estómago —ir a los badenes, lo llamaban—, tras lo cual rompían a reír. Ahora las cosas eran distintas. Ya no había motivos para la risa entre ellos; todo lo contrario.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el capataz en voz alta al tiempo que hundía el pie en el freno.

—¿Qué pasa, Manuel?

—Ahí delante, don Ernesto, ahí delante hay lo que parece ser una bomba, en medio de la carretera.

El vehículo derrapó lentamente en su frenada, hasta quedar cruzado en el camino.

—¡Coño, tienes razón! Parece una vieja bomba. Oríllate y sortéala. Acelera despacio. Despacio, Manuel.

Hijo de un aviador con varias misiones de guerra a sus espaldas, don Ernesto no tardó en reconocer una bomba torpedín de cincuenta kilogramos en aquella protuberancia que sobresalía del camino como la raíz de un tubérculo. No era la primera vez que pasaba algo así; de hecho, en los últimos treinta años, los artificieros de la Guardia Civil habían desactivado medio centenar de artefactos explosivos, recuerdos de la guerra civil, a los que había que sumar los que él y sus hijos habían ocultado para quedárselos como trofeos. No en vano, cabía que alguna de aquellas bombas sin explotar hubiese sido arrojada por el Abuelo Carlos, uno de los más destacados héroes de la aviación franquista, verdadero azote de las Brigadas Internacionales que habían tenido su campo de entrenamiento en aquellas tierras.

—Paso por aquí una o dos veces por semana, y nunca había visto nada semejante —observó el empleado.

—Porque posiblemente el artefacto estaba enterrado y el desgaste del terreno lo ha sacado ahora a la superficie —razonó el propietario—. Mejor así. Podía haber ocurrido una tragedia.

—Mil veces he pasado por este camino. Y nunca he visto algo semejante —insistió el capataz, incrédulo ante lo que estaba viendo.

A veces, Manuel aprovechaba algunos de aquellos hitos para observar las aves autóctonas a través de unos prismáticos: águilas perdiceras, cernícalos, gavilanes, halcones peregrinos, etc. De modo que conocía el terreno que pisaba como la palma de su mano.

—Para colmo está enterrada justo en el arranque de la cresta, cuando hay que pisar el acelerador a fondo. Po-

díamos haber saltado por los aires —manifestó don Ernesto.

—Deberíamos llamar a la Guardia Civil, de inmediato. Antes de que alguien o de que algún animal salte por los aires —sugirió el capataz pensando que la aparición de aquella bomba en mitad del camino serviría para truncar los planes de su jefe.

—Ya tendremos tiempo de avisar a la Guardia Civil cuando resuelva el asunto de los furtivos. ¿Lo ves? Esa bomba es otro motivo por el que no puedes verte involucrado en lo mío. Habrá que desactivarla. Los artificieros querrán echar un vistazo al terreno. Ahora oríllate y avanza en paralelo a la vereda. Y te detienes a la altura del cerezo de los enamorados.

El aire caliente volvió a abrasarle los pulmones a don Ernesto, dejándole un regusto amargo que se intensificó cuando el vehículo se desvió de la rodada y comenzó a agitarse, como si el chasis hubiera sido colocado en un potro de tortura. El ajetreo le hizo recordar lo necesario que era adquirir un nuevo todoterreno acorde a los tiempos que corrían, con reductora y otros extras, tal y como Manuel no paraba de sugerirle.

El coche dio un nuevo brinco, que se le clavó en los riñones. Y luego otro más. Y aún un tercero.

Lo sorprendente fue que después de haber visto tantas veces y tan de cerca la muerte, Ernesto Bocanegra no supiera intuir lo próxima que estaba la suya.